

EL CAPITALISMO EN LA RAÍZ DEL GENOCIDIO

Lilia Solano

El capitalismo tardío, aquel que busca e impulsa la acumulación antes que la producción de bienes, puede rastrearse a uno de los eventos fundantes del siglo XX, a saber: la Gran Guerra, o I Guerra Mundial.¹ Que un nuevo siglo haya encontrado su génesis en una confrontación bélica no tendría una significación peculiar de no ser por las dinámicas que se desencadenaron en el cuatrienio 1914-1918. El derrumbe de los últimos grandes imperios en su acepción clásica dio paso al advenimiento del que iría a marcar, no solo el desarrollo del siglo XX, sino también la puesta en escena de la fase tardía del capitalismo que abrió las puertas del siglo XXI.

En medio de todo este ajetreo, funcionando cual llave que precipita el asentamiento del capitalismo en tanto relato único, el genocidio sentó sus reales. La Gran Guerra de 1914 a 1918 es el marco en el que se adelantó el genocidio inaugural del siglo XX, el genocidio armenio, que aún hoy Turquía insiste en negar. Luego del desmembramiento total del imperio otomano, Turquía se levantó de esas cenizas con el fin de erigirse como nación independiente. No obstante, sus esfuerzos por insertarse en el concierto internacional y participar en las dinámicas del mercado tales como las se empezaron a perfilar desde la repartición del mundo que las potencias ganadoras de la guerra adelantaron en París, en 1919, condujeron a la nueva nación dar por terminada una larga historia de convivencia incómoda con sus ciudadanos de origen armenio.² La aceptación de una nación distinta a la turca se presentaba como un obstáculo que movimientos nacionalistas, por ejemplo, el de los Jóvenes Turcos, venían ya diseñando y que fueron cristalizados por la figura cimera de la Turquía moderna, Kemal Atatürk. En otras palabras, la homogeneidad como rasgo central de

¹ Margaret MacMillan, *París 1919: Seis meses que cambiaron el mundo*, traducido por Jordi Beltràn Ferrer, Tusquets S. A., 2017.

² Si bien la persecución a la población turca de origen armenio no se inicia en 1919, y no es eso lo que se está afirmando aquí, el genocidio armenio que se desencadenó con toda su saña en esos años sí tiene una relación estrecha con la inserción de Turquía en el mundo moderno capitalista que surgió de los escombros de la Gran Guerra.

una nación, se cristalizaba y elevaba a la categoría de condición imprescindible para la concepción de un Estado moderno. El genocidio era el garante del cumplimiento de tal condición.

Genocidio y capitalismo parecen desde entonces necesitarse mutuamente. Si bien, el genocidio armenio no es el primer crimen de ese tipo adelantado en la historia, su particularidad consiste en que su ejecución responde a dinámicas diferentes a las hasta entonces ensayadas en la historia. Los genocidios han respondido a intereses de expansión territorial, control de poblaciones, imposición de soberanías, afianzamiento de homogeneidades religiosas, entre otros. No obstante, lo ocurrido en los albores del siglo XX trajo consigo el dato de la expansión de capital como causa-raíz del exterminio de poblaciones.

A LA RAÍZ DEL GENOCIDIO

Sin embargo, estas afirmaciones que aquí se proponen a modo de generadoras de la presente reflexión, demandan un tratamiento más juicioso que dé cuenta de su fundamentación. Esto es, ¿qué lleva a que sea el genocidio precisamente el instrumento de opción preferencial del capitalismo?

Los que hemos venido siguiendo desde hace años la obra de Franz Hinkelammert ya podemos, gracias a las vías de reflexión que él nos ofrece, establecer como cuestión fundante la racionalidad base sobre la cual se erige todo el edificio de la conceptualización y práctica capitalistas. Esa racionalidad sigue los lineamientos de la lógica medios-fin, esto es, la racionalidad del cálculo utilitarista.³ La crítica hinkelammertiana identifica en ese sustrato fundante, en esa racionalidad del cálculo, la razón por la que para Hinkelammert el constructo capitalista es esencialmente asesino.⁴ Esto es, en virtud del cálculo, el ser humano deviene en

³ En esta ocasión se hace referencia a su texto inédito “El significado de sociedad alternativa. Propuesta de investigación: ¿A qué tiene que dar respuesta una sociedad alternativa hoy?” Documento de 13 páginas no numeradas en el original.

⁴ Grupo de Pensamiento Crítico, “¿Cuál es el problema con el cálculo de utilidad?” <https://www.pensamientocritico.info/index.php/seminarios-1/i-seminario-internacional-1/cual-es-el-problema-con-el-calculo-de-utilidad> (obtenido en julio 21, 2019).

mercancía al punto que su condición de sujeto desaparece. Hinkelammert observa que en la dinámica mercado-céntrica del capitalismo, hasta el “yo” deviene en mercancía.⁵

Es posible así apuntar a un ámbito que corresponde al de la ética, una vez el yo sufre un desplazamiento hacia la órbita mercantil. Charles Taylor sostiene que la construcción del yo, con todo su engranaje identitario, es un proceso de búsqueda de un yo moral;⁶ proceso que se encuentra en la base de la identidad moderna, tal cual lo anuncia desde el subtítulo de su obra señera. En Taylor, los valores morales son los eslabones que establecen los vínculos sociales,⁷ y esto en virtud a un mandato ético universal de fundamento sociobiológico que impulsa al ser humano a no dañar lo que es vivo. Sin embargo, una vez que el yo, esto es, la médula misma que da cuenta de las raíces de las identidades de individuos y colectivos, por su mutación en mercancía, sale del reino de lo sociobiológico, su poder vinculante muta al punto que pierde su carácter de referente en el sentido que Taylor le da a este concepto. Para este pensador, un referente ético es el conjunto de bienes que hacen del ser humano un ser moral,⁸ en el que figura, como uno de sus ejes, el sentido de respeto y obligación, esto es, el sentido de solidaridad.

El sujeto, devenido en mercancía, en objeto, ya no es responsable de ética alguna toda vez que ese rasgo no corresponde a los objetos. Esta mutación, acelerada por el proceso contemporáneo de globalización a caballo de la imposición del modelo neoliberal como sistema preferencial de ordenamiento social, económico y político, es la que permite explicar el gran cambio ocurrido en las dinámicas de las interacciones de los individuos con las fuerzas de mercado.

Esa mutación nos remonta al pasado reciente de vigencia del Estado de bienestar como modelo implementado por las concepciones liberales burguesas tras la II Guerra Mundial, que conformó el contexto en el que un lugar de vanguardia en el

⁵Hinkelammert, *op. cit.*

⁶Charles Taylor, *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*, trad. por Ana Lizón, Barcelona: Paidós, 2006.

⁷*Ibid.*, p. 57

⁸Jader Arias Hurtado, “La concepción moral del Yo en Charles Taylor,” Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2018, p. 29,

<https://repository.upb.edu.co/bitstream/handle/20.500.11912/3836/LA%20CONCEPCI%C3%93N%20MORAL%20DEL%20YO%20EN%20CHARLES%20TAYLOR.pdf?sequence=1&isAllowed=y> (consultado en octubre 9, 2019).

área de las negociaciones entre los individuos y el mercado lo ocupaba el obrero. Habida cuenta del poder de negociación que ese sujeto-vanguardia pudo desarrollar en buena parte del siglo XX, el capital encontraba en el trabajo un obstáculo para su expansión. Las reivindicaciones obreras expusieron, entonces, la debilidad del capital en la mesa de negociaciones.

Se requería, por parte de las fuerzas garantes del ordenamiento en torno al capital, el desmonte de las conquistas laborales que exigían, por lo tanto, un modelo de ejercicio del poder público que apelara a un nivel mayor de autoritarismo. El obrero, en tanto sujeto-vanguardia, se resistía al afán que persistentemente el capital ya venía mostrando, y así lo advertía Marx, de convertir al sujeto, al ser humano, en mercancía.

La arremetida del capital contra la médula identitaria del sujeto, contra el yo, arremetida concentrada en su ataque a una figura representativa del yo vinculante tayloriano como la representada en el obrero en tanto sujeto-vanguardia, arremetida que tenía como meta la degradación del sujeto en mercancía, traer a la memoria un relato antiguo de la literatura de las resistencias al poder imperial romano a comienzos del siglo II de la era común. El relato concibe el desenlace de la historia mediante la agudización de las crisis provocadas por el ejercicio del poder omnímodo encarnado en Roma, su emperador y su aparato senatorial. Cuatro jinetes se aprestan a ejercer el control absoluto. El primero monta un caballo blanco, que es el de la victoria. En tanto victorioso, sienta las reglas de juego que buscan cimentar su victoria. El segundo cabalga sobre un caballo rojo, y es el de la guerra que impone una paz armada. El tercer jinete monta un caballo negro, que es el del mercado. A medida que este tercer jinete cabalga, se escucha una voz que dictamina una especie de imposición comercial mediante el cual la metrópoli (Roma) conserva el monopolio de precios y de acopio de recursos naturales en detrimento de las provincias que los producen. Finalmente, un cuarto jinete cierra el ciclo montando un caballo amarillo que es el de la muerte. Ese relato proveniente de una era precientífica traza una ruta que es similar a la que el estudio científico de la economía ha discernido. A la vez, es un relato que plantea un escenario que corresponde al de estos tiempos en los que se busca alternativas efectivas al absolutismo del capitalismo tardío.

Coincidimos, entonces, con Hinkelammert en su alegato en el sentido de que la base, la raíz, de la relación de causalidad entre capitalismo y genocidio consiste en que el relato capitalista se fundamenta en la lógica medio-fin del cálculo. Esa es la base sobre la que se erige el edificio contemporáneo en el que el sujeto, devenido en mercancía, desaparece como marco referente moral, se desentiendo del rasgo ético fundacional de la solidaridad, y se pierde así el poder vinculante de la construcción del yo.

Sin embargo, Hinkelammert y Mora reconocen que no se trata de rechazar de plano la lógica del cálculo.⁹ El cálculo de utilidad tiene validez en siempre y cuando corresponda a la dinámica de sujetos autónomos.

Esta consideración es de suprema importancia a la hora de plantear la cuestión de la causalidad discernible entre capital y genocidio. Tal como se vislumbra desde una mención somera al genocidio armenio como tragedia inaugural de un nuevo siglo y de una nueva fase en la expansión capitalista, el genocidio no se ausenta de las historias protagonizadas por el capitalismo.

El capitalismo, y sobre todo en su etapa tardía en la que la pérdida del obrero como sujeto-vanguardia lo ha forzado a convertirse él mismo y los demás actores económicos en mercancía,¹⁰ enfatiza su talante depredador también del ser humano. En una cita de Marx que Hinkelammert suele mencionar y de quien tomo, se afirma que el capitalismo avanza a despecho de la destrucción de sus dos fundamentos: la naturaleza y el ser humano.¹¹ En su misma esencia, entendida esta categoría desde una perspectiva existencialista, esto es, llegando a la esencia a partir de la existencia del fenómeno constatable, el capitalismo es genocida (y suicida, agregaría Hinkelammert). A modo de ilustración no solo de lo que se busca afirmar, sino también del carácter certero de la perspicacia de Hinkelammert, que baste con mencionar que la presente reflexión se escribe en momentos en que el gobierno colombiano busca aplicar el concepto de “economía naranja.” El énfasis de innovación es entendido por

⁹ Franz Hinkelammert y Henry Mora, *Coordinación social del trabajo, mercado y reproducción de la vida humana*, San José, DEI, 2001, pp. 324.

¹⁰ Andrés Piquera, María Emilia Tijoux y Antonio Elizalde, “Capitalismo tardío y sujetos transformadores,” *Polis, Revista Latinoamericana*, 24/2009.

¹¹ Hinkelammert, *op. cit.*

la administración Duque (2018-2022) como el espolio del objeto de mercancía, esto es, el ser humano. Tres iniciativas que la administración Duque impuso con fuerza de ley así lo atestiguan: (a) la contratación laboral por horas, (b) el aumento de la edad de jubilación, y (c) la fijación del salario a jóvenes menores de 25 años en un rango del 75% del salario mínimo vigente.

SUJETO-MERCANCÍA: AMENAZA AL MEDIO AMBIENTE

Las implicaciones éticas de la mutación del sujeto en mercancía no se reducen a consideraciones abstractas cual si la moral fuese una preocupación de orden teológico. La breve referencia a Charles Taylor indica que su impacto en todo el orden sociobiológico es de gran alcance. Un sujeto devenido en mercancía es un objeto carente de su sentido de yo, de su dimensión de marco referencial, de su ámbito de vinculación con todo lo viviente. Así, entonces, la degradación del sujeto en mercancía lo pone al nivel de otros fetiches mercantiles que ya la misma mentalidad occidental los había inaugurado como tales. Esto es, la naturaleza, a la que se le ha secularmente desconocido sus derechos, ha sido manufacturada como objeto inerte a cuyo nivel está puesto ahora el ser humano.

El vínculo entre ser humano (ahora mercancía) y la naturaleza (mercancía desde siempre) es el mismo que el sujeto-devenido-en-mercancía aprendió de la ética no solidaria que se desprende de su nueva condición de mercancía. Es un vínculo de rivalidad, lo que exige que se hable, más bien, de no-vínculo. A nivel de la interacción humana, las relaciones son de competencia (por ejemplo, los trabajadores tienden a ser independientes y a asumirse como emprendedores). El nexo entre el trabajador y su trabajo pone a su capacidad productiva no ya en el nivel de la producción de bienes, sino en el de celeridad con la que ofrezca un servicio. El panorama de sujetos-mercancías desconectados entre sí y de sus capacidades de producción encuentra su mejor ilustración en la *uberización* vigente del trabajo. El trabajador se asume como empresario y pone sobre sus hombros la responsabilidad de echar a rodar toda una empresa que no le pertenece. Si anteriormente, en los tiempos de Marx, la crítica apuntaba a que el obrero no tenía poder de decisión sobre los medios de producción,

ahora esos medios de producción le son propios únicamente en la medida en que se han convertido, a la vez, en puntos de producción. Toda la responsabilidad de su mantenimiento le corresponde al trabajador.

Un sujeto-mercancía así degradado se convierte, además, en el agente de destrucción del medio ambiente perpetrado por el capitalismo tardío. La destrucción del bosque amazónico, por ejemplo, se ha acelerado a despecho de las evidencias palpables de su efecto negativo sobre la vida misma. La ejecución de esos actos destructivos, tal como quedó demostrado en los grandes incendios forestales que recientemente captaron la atención de los medios en el mundo entero, corre por cuenta de personas locales. No se tiene que recurrir a ejércitos de mercenarios para llevar a cabo tales acciones. Las demandas del mercado internacional, demandas mayormente suntuarias cuando se trata del consumo de los países occidentales, incentivan las acciones destructivas sobre el medio ambiente por parte de quienes lo habitan.

Se discierne así una imbricación capitalismo-mercantilización del sujeto en la raíz del genocidio. La nueva era de capitalismo productivo con la que se abrió el siglo XX, dio su campanazo de largada con el genocidio cometido contra una nación por parte de su mismo Estado que les negó a los turco-armenios sus condiciones de sujetos. Todo indica que 100 años más tarde, el capitalismo tardío, que concentra sus fuerzas más en la acumulación que en la producción, la dinámica genocida subsecuente pasa de la destrucción de naciones y pueblos a la destrucción de sujetos y del medio ambiente. Se cumple así la trágica sentencia de Marx que se recordó arriba a través de Franz Hinkelammert.

A MODO DE CIERRE

Las evidencias de ese talante genocida-suicida son, sin embargo, innumerables y provienen de todos los lugares de la tierra. Cualquiera quisiera aclarar diciendo que no es ya necesario que se produzcan las imágenes dantescas de un genocidio como el padecido por los turcos armenios a comienzos del siglo XX, pues el siglo XXI viene con un capitalismo aún más depredador. Los genocidios que se cometen en aras de la

expansión de los mercados se perpetran de tal manera que no se deja ninguna duda de que se trata de ejercer dominio territorial con el fin de asegurar la obtención de recursos, mayormente naturales.

Con todo, si se mantiene incuestionado el fundamento de la lógica medio-fin, la lógica del cálculo que degrada al ser humano al nivel de mercancía, el capitalismo no va a renunciar a su arma genocida y seguirá destruyendo a la tierra y al ser humano, sea en el escenario abierto de matanzas como las que registra, por ejemplo, la historia reciente en América Latina, para no ir tan lejos, o sea en el trajín diario en los grandes centros urbanos en los que el ser humano se sacrifica en el altar del mercado.

Nos identificamos con la urgencia de Hinkelammert en el sentido de que la alternativa que se le busque al genocidio suicida al que estamos abocados ha de tomar en cuenta, obligatoriamente, la relación estrecha entre la persona y el medio ambiente. Una consideración del sujeto en dimensiones que den cuenta de esa imbricación tendrá que necesariamente conducir a lo que Hinkelammert y Mora reconocen como una ética del bien común¹² en la que utilidad esté al servicio de un sujeto autónomo, reconciliado con el medio ambiente, y un mundo ambiente a quien se le reconozca su condición de sujeto.

En Colombia continua el genocidio de líderes sociales que se mantiene después de la firma de los acuerdos de paz en el 2016, contra quienes hacen parte de movimientos campesinos, indígenas, afrodescendientes, ambientalistas, comunales, mujeres, defensores de derechos humanos y también excombatientes de las Farc que habían pactado la paz. Los conflictos por la tierra y el territorio, la defensa del medio ambiente y contra un modelo económico que oprime y empobrece la mayoría de la población, siguen estando en el centro de las causas de los asesinatos.

Frente a esta tragedia, nuevamente la mayoría de la población colombiana ha salido a la calle a levantar su voz en una movilización social, que pretende arrebatarle el poder a los que nos quitan la vida y devolvernos el derecho a no ser asesinados por levantar la indignación frente a un modelo económico que no es para la vida sino para la muerte.

¹²Hinkelammert y Mora, *op. cit.*, p. 325.